

pues ellos son los verdaderos soberanos? ¿Qué debía esperarse, cuando ya legiones de filósofos tenían enarbolada la bandera de la rapacidad, de la anarquía y de la impiedad; habiéndose alistado en ella personajes distinguidos, y enseñándose sus doctrinas en los colegios y establecimientos de pública enseñanza? El mismo Voltaire aseguraba ya en su tiempo: "Sea en la magistratura, sea en la Iglesia, sea junto al trono, sea sobre el trono mismo, sea en la literatura, que todo está inundado de ellos, sea en las academias"¹ ¿Qué, cuando la multitud contenta con la libertad, ó mas bien licencia adquirida, y con la impunidad en que vivía se le hacia cuesta arriba volver á el orden y á la subordinación? ¿Qué, en fin, cuando ya estaban trastornadas todas las mentes y corrompida la masa general; pues así como un gran rio engrosado repentinamente con diversas aguas, sale de sus márgenes y destruye y arrastra tras sí cuanto se presenta á su violenta corriente; así de la misma manera, el torrente impetuoso de las abominables máximas de independencia, irreligion é inmoralidad, lo habia inundado y corrompido todo, aun hasta las chozas?

Ya en este estado, en vano hombres elocuentes

¹ Si Voltaire habla así en su tiempo, ¿qué podriamos nosotros decir de éste en que vivimos?

con espresiones de fuego, les presentaron los espantosos males que debian resultar de la admision de aquel absurdo pacto y de sus consecuencias y máximas execrables, tan fecundas en injusticias, regicidios, trastornos, impiedades y delitos. En vano se les mostró que las máximas de irreligion con que les habian lisonjeado y seducido, no podrian producir el orden y la felicidad que les habian ofrecido; y en vano se apoyaban en la esperiencia repetida y en los hechos sujetos á los sentidos de todos los hombres, que los pueblos que las habian abrazado, se habian hundido en un mar de crímenes, calamidades y desgracias; porque una legislacion, y unos derechos y deberes fundados sobre el hombre montañés ó fiero, y sobre el absurdo y ridículo pacto que él hiciera al asociarse con sus semejantes, es decir, sobre falsas y arbitrarias relaciones, contrarias de las verdaderas, que entre sí tienen los seres sociales, precisamente habian de producir, en lugar de libertad, de dicha y de tranquilidad, desórdenes, disturbios, sangre, desolacion y anarquía; la agitacion continua de la sociedad, y que los hombres se devorasen los unos á los otros como fieras en vez de conservarse. En vano habia llegado afortunadamente aquella época en que, desengañados los hombres de buena fe, veian que no habia ya otro refu-

gio que la proscripción ó el cadalso. En vano, en fin, algunos pocos, no seducidos, suspiraban en secreto por su libertad, su religion y su gobierno, deseaban la paz y el orden, y anhelaban por un gobierno de hombres de bien: ya fué todo tarde; los filósofos habian triunfado, y cambiando sus razones y teorías dulces en puñales y fusiladuras, no quedaba otro arbitrio que el de llorar en silencio la perdida libertad, y sufrir la insolencia, barbarie y tiranía de los que se decian y llamaban sus libertadores, ya transformados y constituidos en furiosos tiranos.

La historia de un pueblo soberano, segun lo predica la filosofia, nunca fué ni pudo ser, ¡oh hombres! otra cosa, que la historia de los atentados, horrores, alevosías y devastaciones que acompañan á la mas negra y feroz anarquía: y si no, que se señale algun pueblo en donde hayan mandado los filósofos segun sus máximas y doctrinas; y se observará las leyes sin respeto, los magistrados sin carácter, la autoridad sin reglas, el poder fluctuante, y la multitud sin freno corriendo de crimen en crimen. Yo pregunto, ó mas bien visito á los pueblos soberanos ó filósofos, y los encuentro sin templos, pues han sido destruidos despues de ser sacrílegamente robados; sin sacerdotes, porque han sido proscritos

ó muertos; busco á sus reyes, y no los encuentro; los veo sin moral, sin orden, sin subordinacion, sin seguridad, sin creencia religiosa; y solo observo crímenes, luto, amargura, desnudez, lágrimas y desolacion. Sí, por do quiera no se ve en ellos otra cosa que cadalsos salpicados diariamente con la sangre inocente, la seguridad personal y la propiedad, con las demas ventajas que ofrece la sociedad, violadas; ni se oye mas que ayes tristes, gemidos lúgubres y los gritos de la desesperacion y de la muerte. En una palabra, en el reinado de la filosofia, verá siempre el fiel observador, el reinado de la insurreccion, del robo, de las venganzas, de las violencias, de las proscripciones, de las injusticias y de las pasiones mas viles y exaltadas, conjuradas contra la inocencia, la religion, la virtud, el talento y el poder legítimo. ¡Oh filosofia! ¡cuántos tronos han destruido! ¡á cuántos padres y madres has arrebatado el dulce objeto de sus mas tiernos cariños! ¡á cuántas esposas has hecho viudas! ¡á cuántas inocentes doncellas has prostituido! ¡á cuántos jóvenes has seducido, corrompido y perdido! ¡á cuántos pueblos, en fin, has dislocado y sumido en un abismo de desórdenes y de calamidades, por haber creído en tus pérfidos engaños, y abandonado por ellos su antigua fe, su religion, sus costumbres,

sus leyes y su gobierno, bajo cuya custodia habian gozado de libertad, de paz y de consuelo! ¡Desventurados! ¡En vano en sus mortales agonías buscan ya su perdido bienestar, su libertad y su reposo! Sí, inútilmente lo buscan, porque las sendas por donde tú, mentida filosofía, los conduces; y en la corrupcion y disolucion de tus doctrinas, no encontrarán otra libertad que la esclavitud, ni otra paz y quietud que la de los sepulcros!!!! ¡Reyes! ¡volved los ojos al cadalso en que yace el cadáver del indulgente Luis XVI! ¡Pueblos! ¡considerad detenidamente los espantosos y sangrientos anales de la revolucion francesa!!!!

Basta por ahora lo dicho para conocer el abismo de desórdenes en que se sumen los pueblos que dan oídos á la fementida é impía filosofía; conozcamos y confesemos, que criando Dios á el hombre sensible, inteligente y racional, le ha criado para que viva en sociedad con sus semejantes, bajo la tutela y guarda de sus padres en la doméstica, ó á la de los gefes ó autoridades en la pública ó general, y no para que vague cual bestia por los campos; que si los hombres hubieran sido naturalmente insociables, en este estado permanecerian necesariamente errantes y vagamundos: que los pueblos ó las sociedades se forman tales cuales son, por medios ó

caminos naturales; y así la razon, el amor á el órden, á la justicia, la necesidad, la naturaleza, es decir, la divina Providencia, son los fundamentos, y no la perfidia ó los pactos y convenciones que forja y sueña la filosofía.

La historia del linaje humano prueba que los padres fueron los primeros soberanos políticos; por esto decia Aristóteles, que la familia era figura de la ciudad, y el padre de la persona del príncipe: los hijos no fueron los que eligieron á sus padres por señores y gefes, ni menos los que establecieron tan dulce autoridad. y tan útil y grata dependencia. El poder paternal se funda en la misma naturaleza del hombre, sobre sus necesidades y sobre el bien de la sociedad: el hombre es de todos los seres vivientes el mas incapaz de poder ocurrir á sus necesidades necesarias, inmediatamente despues de su nacimiento: ¿cuál seria la suerte del infante si la ternura que la naturaleza inspira á la madre para su fruto, y al padre para retener consigo al que mira como á otro él mismo, no asegurase el lazo conyugal? Los cuidados que ellos se toman por el recién nacido para su crianza y educacion, imprimen en el infante el deber del reconocimiento, de la sumision y de un puro amor. En los animales, luego que cesa la necesidad, desaparece todo lazo; cada

individuo vive aislado y su reunion es inútil; las necesidades del hombre no se terminan con la infancia; la sociedad le es necesaria, como hemos probado, para conservarse y ser feliz; la mas dulce sociedad es la de la familia fundada sobre los lazos de la sangre, sobre el reconocimiento y sobre la mutua utilidad.

Multiplicada la especie humana, se vió en necesidad de vivir reunida para luchar contra la naturaleza, que tiende á hacer sufrir á el hombre y aun á destruirlo; mas el hombre, siempre victorioso, se ve forzado á buscar su subsistencia y las comodidades de la vida unido con sus semejantes, cumpliendo en esto la voluntad de su Criador, que le destinó á la sociedad por las necesidades de su naturaleza que no podia desconocer sin hacerse infeliz.

El poder paternal es, como se ha indicado, el primer principio y modelo de los gobiernos políticos, del mismo modo que la sociedad doméstica lo es de las sociedades públicas: así lo han creído y confesado todos los sabios y juiciosos escritores, fundándose en las lecciones, y aun en las inspiraciones que dan la naturaleza, la razon y la esperiencia, sin que hayan tenido necesidad de fingir, como lo hace la filosofia, pactos absurdos, ni menos épocas degradantes á la especie humana, para esplicar ó fundar

el origen de la sociedad, de las leyes, de los derechos y de la autoridad de los gefes de las naciones. Ahora bien, pues así como las familias no podrian subsistir sin la subordinacion de sus individuos á sus cabezas, las sociedades mas numerosas tampoco podrian subsistir sin la sumision y fidelidad de las diversas familias á los gefes ó cabezas que se hallan á su frente para su defensa y guarda.

Y esta obediencia que deben prestar los asociados á las autoridades ya constituidas, en las sociedades generales, no es libre, ni se halla espuesta al capricho de los particulares; ella es hija, tanto en la familia, como en las sociedades públicas, de la naturaleza ó Providencia divina, de la razon y de la privada y pública conveniencia; y así no se puede ni debe contrariar, ni menos juzgar si cumplen ó no con los deberes que les imponen su puesto; porque esto acarrearía el desconcierto y la ruina de la sociedad, puesto que la ambicion y el orgullo de los malvados encontrarían siempre, aun en las mas justas y benéficas potestades, faltas gravísimas que condenar: siendo por otra parte cierto el dicho de Tácito: *Mellius est sub malo principe degere vitam quam sub nullo.*

¿Qué de males no acaecen á los pueblos que se rebelan contra el poder que los domina? ¿Cuánta

sangre, qué de sacrificios no cuestan las demandas de los súbditos contra su soberano? Estos es verdad, serán destituidos y decapitados; pero ¡ah! sus cadáveres deshechos serán envueltos entre millares de súbditos rebeldes. ¿Qué lecciones mas terribles no han recibido de esta verdad las naciones? Si la razon y la esperiencia, dice un escritor moderno, tienen algun imperio sobre la tierra, los reyes y los pueblos deben estar cansados de disputarse un poder sin regla y sin freno, un poder imposible de establecerse y mantenerse cual ellos lo conciben, y que infaliblemente acabará por conducir, tarde ó temprano, á los reyes al cadalso, y á los pueblos á la anarquía y á todas las calamidades: la soberanía del pueblo fué el grito de alarma de los novadores del siglo XV, máxima funesta, nacida en tiempos de desastres y desórdenes, y que testifican la grandeza de los males con que venia á poner el colmo: clamando guerra á los reyes, y minando sucesivamente todas las instituciones sociales, hirió de muerte á la sociedad misma, y ofreció al mundo el espectáculo siempre memorable, de treinta millones de soberanos que diariamente se degollaban á nombre de su soberanía. . . .

Los reyes ó gefes de las naciones ciertamente están obligados á ser justos como padres y tutores

que son de sus pueblos; el hacer felices y bienaventuradas las repúblicas, este es, dice Ciceron, el trabajo y la obra de los que las dirigen: *Populis salus suprema lex esto*: mas no por estar ligados con algun pacto espreso con los mismos pueblos, segun entiende la filosofia: así como el padre obra en todo en pro de sus hijos por el amor que les tiene, y procura no apartarse jamas de la idea de su bien; así de la misma manera los reyes, como padres de una numerosa familia, deben tener siempre presente la pública y privada felicidad de sus súbditos, arreglando su conducta en el ejercicio de la potestad legislativa y tutoría de que se hallan revestidos, á los estatutos y leyes justas establecidas, fundadas sobre las leyes generales de la naturaleza y la razon: ¡oh ley eterna! ¡fundamento de todas las leyes! ¡ley primitiva emanada del cielo! ¡ley anterior á todos los pueblos é imperios! ¡ley santa é inmutable como su divino Autor, que no está sometida ni á la autoridad de los príncipes, ni al capricho de las naciones, ni á las variaciones de los usos, ni á la influencia de los climas! es la misma en los ardorosos pueblos del Mediodía, que en los helados del Norte; lo mismo en un hemisferio que en otro, porque el hombre la lleva esculpida en su corazon! ¡Ley universal, que liga indistintamente al fuerte